



Podría decirse de él, como de Saramago en una época, que hoy por hoy es uno de los escritores más célebres de Europa. Y también como al francés, han quienes lo rechazan y quienes lo honran, desirir que contribuya a aumentar su renombre. Conocido antes en medios cultos como autor de tratados de semiótica (1), de ensayos y de algún estudio sobre arte (v.g. "La deficiencia del Arte" —, hoy a cuatro años de ser publicada su novela "El Nombre de la Rosa", al parecer muy inesperada, continúa desgarrando vivamente entre los lectores de la gran literatura. Y un detalle sorprendente es que tal novela ha venido a morir en las proximidades de la Círcuente, recientemente sus oídos con circunstancia y no a algo más, lo que significa que se encuentra en el vértice del vigor intelectual, según afirmaciones de algunos estudiosos, sorprendentes declaraciones, ya que visto su pergamino común con su hermano talento para crear algo espontáneamente, evidentemente se tienen en cuenta lo mucho que se apartan a sentir y sobre todo a producir los bisellos escritores —y, ay, no muy bisellos—, tanto entre nosotros como en todas las lenguas.

Este acto tardío él lo ha explicado, o tratado de explicar entre serio o ironico como lo es con frecuencia, diciendo que hoy "sólo sobre lo que no se puede tocar, aquello que hay que narrar".

Conviene advertir que Umberto Eco no ha nacido de él y del prójimo y, dirímos, de las reflexiones de ambos con las cosas.

Esta característica de la veña irónica es bien relevante en su monografía de posterior publicación, "Aquellos" e "El Nombre de la Rosa", en la cual ofreció varias explicaciones, si bien a su vez, de por qué escribió la novela. Una, simplísima: "escribir una novela porque tiene genio". Así, se unió, la ironidad misma. Luego añade que "el hombre es por naturaleza un animal fabulador".

Observando intercalar aquí una buena observación del autor que asiste al trabajo de dicho animal fabulante: "Miente un autor cuando dice que ha trabajado llevando por el río de la inspiración. (...) No recuerdo en qué famosa poesía Lemaitre expresó que lo había salido de una trida, en una noche de tormenta, en medio de un bosque. Cuando murió, se encontraron los manuscritos con las correcciones y las variantes, y se descubrió que aquella poesía era quizás la más "fabulada" de toda la literatura francesa... "Como puede verse, fabuló hasta sobre su propia fabulación..."

Cuando uno termina "El Nombre de la Rosa", en el finno se suman dos sentimientos: el pesar, por eso precisamente, que se haya terminado, y la admiración casi sónica hacia un novela de tan grande originalidad. Esta abierta no pocas expectativas: originalidad en el tema, en la trama, en la forma, en los personajes, en el lugar y hasta en el tiempo novelista que dice sólo siete días. Y adviense que en todas y cada una predominan la naturalidad más cabal.

La narración, escondida en silenciosas siete páginas, transcurra en el medievo. Y el autor, para decir verdad, en su "Aquellos..." cuenta que hace algunos años que escribía la idea de escribir sobre el medievo, escuchó histórica nueva aconsejarse no cabría que lo llenan de placer. Placer de crédito tanto como psicológico o literario como el río, aliviando que todo libro viviera de otro libro que a su vez viviera de otro que... etcétera. Su erudición, anotística, se lo apuró a uno, recordando, como el fruto silvestre y aquello de cuya fruta se sacan y devoran semejante, semejante, semejante, semejante bien sabido, ocurrió con alguna frecuencia que la mucha erudición es vivir de frutos algo anestésicos. En este obra nos la habremos con una Edad Media nada obscura en su sentido tradicional y donde las personas en obediencia (sólo cosa que cosa, dado el lugar, con mantenimiento todo vez, en sordos estallidos y hasta gritos con santa heliatura, si se tolieran ambos vocálicos), resumían el fin en hechos desoladores.

Así pues,

todo el suceder de la novela ocurre en una famosa y gran abadía llena de monjes medievales cuyas relaciones van llevándose de acontecimientos que llevan a recordar vivamente la novela policial sin dojar de ser, ni por un momento, Edad Media, fomentando que a veces pueda pasmar al lector... y necesariamente al lector más exigente...

Anora bien. La rigurosa narrativa de este libro brinda fases múltiples e inesperadas que no por tales se devuelven del compacto y armónico cuerpo novelístico. Hablamos por el momento de una de ellas.

Entre las páginas 298 a 305 se halla una descripción del amor en que da el joven monje narrador, de veintiún años, como si bajo el impacto de un "poder semántico" la belleza de la descripción de ante hoy bienes asombrado al autor. Tal referencia amórica está sin duda integrada en "El Conde de los Cantares", del que, incluso, han parecido paralelos de un deseo y melancolía encantada.

(Con relación a dicho pa-

rrado volustuoso, Eco, claro, trata de evadir el estadio emotivo, y así es, que al explicar cómo lo describió se impone una apretada de autoritarismo al finalizar la cual el lector da en lo sorprendido).

Volvendo a la monografía. Resulta que las aperturas al planeta, divididas en trece capítulos a cada una chispeante, no son menos originales en sus análisis que la novela misma, las cuales navegan, por decirlo así, sobre una atmósfera no ya lóbica sino francamente cómica. Observemos algo. Estima por así, capítulo "La Respiración" y con referencia al proceso de narrar, que para "vivir en una novela hay que aprender a respirar con ella... mediante la escenificación de los acontecimientos. Hay novelas que respiran como gacelas y otras que respiran como ballenas o como elefantes...". Pero anterior a esto ofrece una reflexión, sencillamente leída respecto de los nubilosos pueriles sentimientos infantiles cuando a "la magdalena amarilla en río..."

Lástima es que este episodio apretado que,

(II) Es del caso aclarar que estos estudios semióticos de Umberto Eco son referidos no a la simple suspiración médica que dan los diccionarios comunes, sino que se trata de la divulgación de los signos o semántica en función directa con la lógica matemática, la filosofía, psicología, literatura, etc.

EL NOMBRE DE LA ROSA

Umberto Eco



Editorial Punto

La novela "El Nombre de la Rosa", de Umberto Eco, desgarrando vivo interés entre los lectores de la gran literatura.

Ecos de Umberto Eco [artículo] María Carolina Geel.

Libros y documentos

AUTORÍA

Geel, María Carolina, 1913-1996

FECHA DE PUBLICACIÓN

1986

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Ecos de Umberto Eco [artículo] María Carolina Geel. il.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

[Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile](#)